

Historia de Jazz

Judith Abrahms

Las historias pueden ser reales o ficticias. Pueden estar basadas en la experiencia, en los datos o ser producto de la invención. Mezclar todo ello de forma aleatoria pero poética, fría como la muerte pero cálida como el sentir humano, es una tarea que necesariamente proviene de la inteligencia y de la imaginación. Judith Abrahms es estudiante del New College of California (San Francisco) y el siguiente texto —¿literatura o ensayo?— fue uno de sus trabajos para el Departamento de Estudios del Jazz durante el pasado año, casi un memorandum. Hasta aquí llegó de la mano certera de su profesor, el contrabajista Herbie Lewis, que durante una reciente visita a España completó su tarea de músico con la de pedagogo y orgulloso portador de este relato.

cifras como en turbulenta polonesa, los terribles nombres de la muerte. Booker Ervin, de Texas y añorando a su madre, me decía que mejor no me hiciese músico de jazz si no quería vender mi cuerpo. Eric Dolphy, primera pérdida importante del jazz para mí, murió en Europa en circunstancias extrañas, 1964, objeto de una historia en el París Review acerca de sus actuaciones con pájaros y grillos, seguramente cierta, 1966. El autor M. S. Reynolds también murió, si no le habría preguntado, tienes que moverte deprisa y no lo hice

tocábamos ignorando que el jazz había muerto, que todos nosotros habíamos muerto para entonces, lo más probable: la edad de oro moría al nacer la edad de hierro de los instrumentos electrónicos

el inmenso río de la música inunda las calles de la ciudad, jazz en MacDougal Street y Bleecker y Seventh Avenue abajo, jazz en bares de New Jersey, jazz en extraños puntos de Brooklyn, en salas de baile en Crown Heights, músicos de jazz perdidos en la rosaleta de la Grand Army Plaza, donde el infierno es la actuación, jazz fluyendo por Broadway, a través de la 52nd Street más tarde rebautizada para nosotros Swing Street, extraña sensación, quizá hemos muerto realmente si nos dedican una calle, y los clubes de la 52nd vacíos

como formas de vida respirando metano sobre un planeta en transición al oxígeno, sonreíamos al vendor de los sesenta intentando enseñarle los

cambios del verdadero blues, dejándole tocar con nosotros, sonreíamos con una mueca de dolor por el oxígeno que mataba nuestra melodía. ¡y algunos de aquellos individuos podían tocar! la batería al amanecer bajo el West Side Highway, trabajando sus propios ecos surgía el jazz o el rock, no podríamos asegurarlo, invitando a unirse a la sesión

y en aquella noche del final de la era, los clubes haciendo sonar los discos supervivientes de todas las muertes, accidentes de coche con sobredosis camino de una actuación por la que no cobrarían. Estrellas entre los dedos de Bill Evans yendo a caer en las aguas nocturnas de un bar en Jersey de cuyo auditorio era yo único miembro, y un individuo tuerto, fuera en la nieve, que me llamaba amante de negros, en realidad el único miembro negro del grupo había vuelto a New York pinchándose heroína y a Bill se le redujo de la paga aquella noche debido a su ausencia

aquella noche goteábamos ácido como tú, nos elevamos como inmensos globos al amanecer, hicimos el amor en las mismas habitaciones de paredes desconchadas, y salíamos por *doughnuts* a las 6 en las frescas mañanas de verano, y algunos de vosotros hicisteis el amor con algunos de nosotros, sentíamos la fuerza de vuestra juventud, la mayoría érais blancos y teníais padres, volvíais a casa periódicamente para puesta al día en alimentación, higiene y colada

y tocábamos juntos

Como si fuera un pentagrama literario, el título de esta sección hace referencia a esa escritura —del género que sea— que convive con el jazz entre sus líneas.

tocábamos cuando y allí donde era posible, corríamos al oír que Miroslav conocía un lugar donde el dueño dejaba tocar hasta las 10 de la noche, mejor que el mío donde la consigna era nunca. a nosotros, piel y huesos, físicamente debilitados por años de hambre, sin saber el precio que pagábamos por aquellas noches en que el cuentarevoluciones alcanzaba cifras millonarias, cuando, todavía sonriendo, en la mañana, como hombres lobos, vestíamos de nuevo nuestro atuendo humano y volvíamos a dormir a aquellas habitaciones de agrietadas paredes blancas

a tí de musculatura prominente, bronceado en California, donde nunca habíamos ido

a mí, adormilado boca arriba a las 2 p.m. en Tompkins Square Park tratando de broncearme te acercaste a mí, sonreíste "Hi Man" intentando pasarme ácido "Man me ayuda a tocar" 1967 hablando a 1957

el jazz no había muerto

Thelonious Monk con su sombrero, bailando como un oso, murió. Mingus gritando en la nieve borracho Dios te maldiga no te necesito tengo mis cheques y me mostró un cheque por trece dólares demasiado enfermo para alcanzar las cuerdas, al final murió. Coltrane bebía con una paja, buscando cómo soplar una línea inolvidable. El y toda la banda de Miles del 59 se han ido, todos menos Miles. Y ahora todos sabemos que *Bird* murió viendo a Ed Sullivan. Bill Evans se consumió en un frenesí de treinta y dos notas, probando que podía seguir adelante con un par de veinteañeros y no fue cierto

pero antes se marchó Scott LaFaro, en un accidente de coche camino de una actuación

Dannie Richmond murió en los ochenta, una tarde apuntó a nosotros con sus manos haciendo disparos imaginarios en el aire en la sesión de un domingo en una gran casa de madera en Half Moon Bay, dijo que me recordaba de 1959, pero no lo creo. Y tres días después de aquella actuación Bob Parlocha tocó un corte de ese grupo dedicado al Gran Desaparecido Dannie Richmond, llamé a la emisora qué diablos era eso, le había servido un trago el domingo, lo hice,

Jazz entre líneas

murió ayer en New York de un ataque al corazón. Y algunas semanas después se iba Charlie Rouse

Bud Powell murió en París, enfermo y tosiendo, tocando en las fiestas nocturnas de los sábados en casas de americanos. Clifford Brown murió, durante años no hubo semana que pasase sin saludar con una inclinación de cabeza. Gary Peacock se hizo macrobiótico en el momento crítico. Ron Brown se lanzó de cabeza al Charles River en Halloween, me dejó una larga nota de suicidio que transcribiría si mis padres no me la hubiesen robado. El grupo se reduce, las muertes ocurren de manera más aislada, los que encabezan el grupo desaparecen a través de la puerta y no somos muchos los que aún quedamos aquí

mientras tanto todo muere a nuestro alrededor, el aire limpio de las mañanas de los sesenta tan irrecuperable como el aire limpio de las mañanas que en los cuarenta precedieron a Hiroshima. El American Pig Theatre moría, la gente del Park moría. Kenneth Patchen moría antes de que pudiese mostrarle el poema que compuse para él y entre su estela oí hablar de Blackburn y algunos de nosotros dejamos de escribir. Yo dejé

Kerry and Greg inventaron una religión que algunos todavía hoy practican. Kerry acabó durmiendo en tejados. Greg jefe de word processing para B de A. Kerry entra con sus andrajos en B de A, con su peluda bolsa de libros y su cuenco de madera de pedigüño gritando por qué habeis lavado el cerebro de mi amigo Greg Hill, motivo de conflicto para Greg. Y Robert Anton Wilson se marcha a Irlanda, congelándosele el culo en la Martello Tower. El Performing Garage murió. Marcel Duchamp murió finalmente. John Kennedy murió. Mi padre murió. Mi sobrino murió sin haber nacido en el vientre de su madre. La crema de huevo de veinticinco centavos en el Gem's Spa murió. Y el East Village Other. Y la asistencia médica gratuita para indigentes adultos en California, punto de encuentro último para músicos desesperados de New York con el dinero suficiente para atravesar el país: punk. Llegué aquí cuando había muerto, en el día último del último mes, me había empastado una muela en un hospital del condado, el dentista tenía 75 años y hablaba demasiado. Cena a medianoche, el empaste se rompe. Así es

el Half Note murió, el Five Spot murió, y por supuesto Birdland. Las pequeñas salas de concierto en salones privados morían una a una, el Dom cerraba para reabrir en una explosión de luces como el Electric Circus

ahora estais todos en los cuarenta, escuchando

nuestros discos en vuestros salones, nosotros morimos pero el jazz no murió:

viejos amigos, limpios y brillando como arco iris en un CD, canonizados en electrónica, esas sesiones en Jersey a lo largo de noches enteras reproducidas en el surgir de los noventa, que no se rompen ni rallan, ni se funden o ablandan. Ron te hubiera gustado

y a través de la magia de reproducción digital ahí está Bird y su nueva banda con sus solos rompecorazones, Lucky Thompson excluido del mix, Dodo Marmarosa excluido del mix, incluso Dizzy Gillespie excluido del mix, todavía vive y es extraño. Thelonious Monk, Bud Powell, Charles Mingus, Kenny Clarke todos excluidos del mix y Bird toca con Monty Alexander. Monty sonriendo como si por fin se hubiese casado con Sweet Lorraine. No está mal pero es sorprendente

y por cierto, el rock and roll de 1967 acabó de la misma forma que el jazz de 1967, El Electric Circus cerró, JP deambulando en Blue Barrel Acid, GM en el manicomio, WH oscuro músico de cocktail en alguna parte, el resto de la banda de JP junkies o encerrados o simplemente tan muertos como si de músicos de jazz se tratase

y como sabeis Jimi murió, Janis murió, y permitid que os cuente el destino de Enchanted Forest, un grupo femenino poco conocido para el que toqué el piano: Leslie batería se suicidó, Laurie bajista desposó el hábito del Valium en Greenwich Connecticut, Lily cantante de Country y Western abortó con veneno en 1969 y mi hermana Carol guitarrista es un alto oficial de la Nichiren Buddhists en Hollywood, con un atractivo marido y una hija de diez años que enamora a hombres adultos, y yo estoy aquí

(Traducción: Maica García)

